

## LA VASTA SOMBRA DE ALEJANDRIA

por **Alberto Manguel**<sup>1</sup>

Uno de los sitios urbanos más antiguos de la Tierra es el de Çatalhöyük en Turquía. Çatalhöyük es una ciudad subterránea construida hace más de nueve milenios. Las habitaciones fueron excavadas en la tierra calcárea de Anatolia, y comunican no por portales si no por una suerte de red de puentes aéreos que cruzan de techo en techo. Los arqueólogos que excavaron la ciudad determinaron que en cada habitación había un sitio para cada actividad: un rincón para la cocina, otro para dormir, otro para los conciliábulos o tertulias de nuestros lejanos abuelos. La escritura no se había aún inventado: cuatro milenios faltarían para que en un pueblo lejano, al este de Anatolia, alguien imaginara una tarde cómo representar sonidos por medio de signos trazado en un trozo de arcilla. Por eso no hay en esta primera ciudad una biblioteca. Pero sí pueden verse remotos precursores del lenguaje escrito: en algunos de los antiquísimos muros hay diseños estilizados de animales o de dioses cuyos terribles nombres hemos olvidado pero cuyas hazañas perduran hasta hoy en nuestros cuentos. En este sentido, esos muros fueron, como nuestras futuras bibliotecas, valientes archivos de nuestra voluntad de memoria. Esos muros contenían la promesa de que un día seríamos lectores.

No sé si todos recuerdan el momento en que se convirtieron en lectores. Yo sí. Tenía tres o cuatro años y desde la ventana de un coche vi un cartel publicitario, y en el cartel unos signos que de pronto se convirtieron en palabras. No sé que decían esas palabras mágicas, pero en ese instante supe que, sin la ayuda de nadie, sin tener

---

<sup>1</sup> Texto apresentado em um dos eventos de inauguração da Biblioteca Padre Charbonneau, do Colégio Santa Cruz, em setembro de 2020.

que pedirle a alguien el préstamo de los ojos y de la voz, yo me había convertido en lector. De pronto, como por milagro, yo sabía leer.

Sin embargo, hoy, después de unos sesenta años de lectura cotidiana, todavía no sé en qué consiste exactamente este extraño oficio de lector, ni cómo definir el recinto en el que la lectura se ejerce. ¿Qué es un lector? ¿Qué es una biblioteca?

A pesar de que los índices de analfabetismo son todavía alarmantes en el mundo entero, podemos definir a la mayor parte de nuestras sociedades como sociedades del libro, porque sus raíces míticas parten de un texto fundador, sea la Biblia o el Corán, los Anales de Confucio o las enseñanzas del Buda, la Declaración de los Derechos del Hombre o el Manifiesto Comunista. Pero eso no quiere decir que en todas estas sociedades la lectura sea considerada esencial.

Toda sociedad del libro requiere que sus ciudadanos sepan leer por lo menos algunas palabras esenciales, como BEBA COCA-COLA o GIRE A LA DERECHA, pero son pocas las sociedades que exigen un conocimiento íntimo del *Quijote* o de *Edipo Rey*. Saber leer, para las burocracias oficiales, significa poder entender algunas instrucciones rudimentarias, reconocer nuestro nombre por escrito, descifrar algunos carteles publicitarios.

Pero saber leer no significa ser lector.

Ser lector implica asumir poderes extraordinarios: el poder de definir el texto que estamos leyendo según las circunstancias de nuestra lectura y de nuestro pasado común, el poder de elegir cuáles serán los libros que perdurarán y cuáles merecen

ser relegados al olvido. Y por sobre todo, el poder mágico que nos permite descubrir en la biblioteca universal palabras para nombrar nuestra propia experiencia.

Por lo general, nuestras sociedades no alientan este grado de lectura profunda. Tanto las sociedades de consumo como las sociedades totalitarias no quieren que sus miembros sean verdaderamente lectores. Para las primeras, un lector, un verdadero lector, es un mal consumidor, porque puede reflexionar sobre lo que lee, y quien reflexiona no compra las imbecilidades que el mercado nos ofrece. Para las segundas, el lector es un mal ciudadano, porque un verdadero lector puede cuestionar la autoridad narrativa, puesto que la literatura es esencialmente lo contrario del dogma, político o religioso, y consiste en preguntas, no en respuestas.

Sin embargo, puesto que las sociedades del libro dependen, para su buen funcionamiento, de la escritura y de la lectura, estas sociedades permiten que sus ciudadanos adopten frente a la palabra escrita dos actitudes opuestas que definen a su vez nuestras diversas bibliotecas.

Salman Rushdie cuenta que en su casa, en la casa de una familia musulmana moderada, tenían la costumbre de besar cualquier pedazo de pan que cayese al suelo, y también tenían la costumbre de besar cualquier libro que cayese al suelo. El respeto por la palabra escrita era tal que poco importaba cuál fuese el contenido del libro, fuese el Corán o la guía telefónica -- una actitud que puede resultar peligrosa, como el propio Rushdie descubrió cuando su novela, *Los Versos Satánicos*, fue condenada sin ser leída, es decir, por lo que supuestamente decía. En los años sesenta, en la España de Franco, un taxista madrileño me preguntó si conocía el *Quijote*, que era según él un libro tan importante que abarcaba cientos de volúmenes y que por lo tanto nadie había leído hasta la última página. Este es el extremo del escrito venera-

do como objeto sagrado, como contenedor, no como contenido, archivado en bibliotecas que tienen algo de mausoleos.

En el otro extremo están aquellas sociedades en las que el libro como tal ha perdido su prestigio, pero en las que la palabra escrita es esencial. Así son la mayor parte de las sociedades actuales, donde priman los mensajes Twitter y las novelas-fórmula, las hagiografías políticas y los manuales de auto-consolación.

Entre estos dos extremos, el libro ha sobrevivido, a través de sus muchas encarnaciones, unos cinco mil años. Desde las primeras tablillas de arcilla a las últimas tabletas electrónicas, desde el rollo de Grecia y Roma al rollo de la página web, desde los primeros signos manuscritos a la tipografía de la imprenta y al texto virtual, el libro, diga lo que digan los profetas del apocalipsis, sigue omnipresente. Y la biblioteca, digan lo que digan esos mismos tétricos profetas, también. A pesar de todo, no nos resignamos a perder aquello que nuestra memoria ha tan laboriosamente atesorado porque sentimos que nuestra vida depende de la voluntad de no olvidar. “A vida começa verdadeiramente com a memória,” escribió sagazmente Milton Hatoum.

Pero decir que una biblioteca es el repositorio de la memoria de una sociedad parece argüir que esa memoria es algo de allá lejos y hace tiempo, contemporánea de Alejandría y de Babel. La noción de que aquello que preservamos del olvido pueda ser tan reciente como nuestra propia infancia nos escapa: preferimos pensar en toda historia como historia antigua, vieja como las noches de Çatalhöyük. Sin embargo, una biblioteca es, por sobre todo, repositorio de nuestra propia historia, la crónica de lo que nos hace y nos define, y presta una suerte de modesta inmortalidad a aquello que el olvido quiere convertir en cenizas.

Las bibliotecas vuelven lo antiguo, contemporáneo. El lugar en el que vivimos, la gente que vemos todos los días, tienen historias documentadas, intencional o involuntariamente, en toneladas de papel y tinta, en retratos y fotografías, en voces grabadas, en rollos de papiros y de cera, y en formatos electrónicos. De una biblioteca, puede decirse que no tiene pasado: todo es presente o, si preferimos, todo, incluso este momento y este lugar en el que nos encontramos, pertenece a un pasado en el que seguimos existiendo. Ese pasado es el de cada uno de nosotros pero, sobre todo, el de nosotros en conjunto. Una biblioteca siempre lleva consigo, implícitamente, la noción de una cierta identidad colectiva. Pero ¿qué elemento, qué característica precisa define esa identidad?

Obviamente, una biblioteca regional o nacional debe aducir la preocupación de albergar bajo su techo la mayoría de las obras que esa región o nación ha producido, y permitir a los ciudadanos de ese lugar acceso a todos sus fondos. Y para encarnar plenamente la identidad colectiva --para ser, en cierto sentido, su imagen emblemática-- debe sin embargo poseer algo más, algo que permita a sus lectores reconocer en ella una duplicidad esclarecedora: ser una institución conservadora pero estar siempre en crecimiento, sentirse arraigada en el pasado pero traducir constantemente ese pasado en presente, proponerse como un centro a la vez local y deslocalizado, como un archivo concentrado y ecléctico, como un microcosmo y como un macrocosmo, todo esto reunido bajo un único techo.

Quizás porque la historia es un género literario, los grandes eventos de la humanidad obedecen a leyes de estilo y reglas de sintaxis. Nuestras eventos históricos tienen sus héroes y villanos, sus réplicas memorables y sus actos simbólicos. Con esmero artístico, aunque no siempre logrado, construimos la crónica de nuestras so-

ciudades y nuestras instituciones, y a lo largo del tiempo, como ocurre en nuestra memoria de las obras literarias, nuestras acciones se resumen a unos pocos notables párrafos. Así sucede con todas nuestras ambiciones y empresas, nuestras fundaciones y destrucciones, nuestros derrotas y nuevos comienzos. Nuestras ciudades, como nuestros libros y obras de arte, atesoran significados que sus autores no podían conocer y símbolos que, sin ser conscientes de ello, son arcanos y universales.

En este sentido, la arquitectura de una ciudad emblematiza su historia, y toda sociedad puede reclamar como suyo ese epitafio que el arquitecto Wren compuso para su tumba en la catedral de Westminster: “*Si monumentum requeris, circumspice,*” “si necesitas un monumento, mira en torno.” Censores y políticos saben que esto es cierto y en nuestra época tratan empedernidamente de remplazar la biblioteca, centro simbólico de una sociedad letrada, con el banco, centro simbólico de una sociedad usurera.

Desde sus principios, las bibliotecas han crecido a la sombra de censores y políticos. Los primeros creen, a pesar de los incontables ejemplos de lo contrario, que es posible anular el pasado, engeguercer el presente, desvalijar el futuro, aniquilar una idea una vez expresada y literalmente borrar las palabras de la memoria común. Los segundos piensan que, deformando o empobreciendo el acto de lectura, pueden transformar a los lectores en meros consumidores, debilitando su poder de reflexión y su juicio, condición necesaria para consumir a ciegas; durante un tiempo, pueden lograr sus propósitos, pero no para siempre. Ambos esfuerzos son, al fin y al cabo, inútiles y demuestran la extraordinaria fe que las autoridades tienen en los poderes del lector: poder de elegir, de razonar, de cuestionar, de transformar, de recordar, de imaginar mundos mejores.

En las sociedades del libro, la biblioteca, si bien reside en un lugar determinado, asume para sus lectores una geografía universal, puesto que la palabra escrita elimina las fronteras del tiempo y del espacio. “Bulattal me ha traído tu mensaje,” dice una carta escrita en Mesopotamia a principios del decimoséptimo siglo a. C. y enviada desde los montes de Zagros a un lector en la aldea de Shemshara. “Tus palabras me han llenado de placer. Tuve la impresión que tú y yo nos habíamos encontrado y nos habíamos abrazado.” Las palabras leídas convirtieron a este antiguo lector en un viajero mágico, transportado como por encanto al lugar dónde es encontraba su amigo ausente.

Desde la época de Mesopotamia, los escritores se han quejado siempre de la mezquindad de los lectores. Erasmo, por ejemplo, no fue una excepción. "Considero que un amante de los libros," escribió, "no es aquel que los guarda escondidos en un cofre y nunca los abre, si no quien tanto de noche como de día los hojea, los manosea, los gasta, les llena las márgenes de anotaciones de todo tipo." La queja no es injustificada, pero sin embargo, todo escritor encuentra, a lo largo de su carrera, unos pocos notables lectores que son la excepción a la regla. "He vendido siete ejemplares," dice el protagonista de *Nightmare Abbey*, la novela publicada por Thomas Love Peacock en 1818. "Siete es un número místico, y el augurio es excelente. Si encuentro a los siete lectores que compraron mis siete ejemplares, serán como siete candelabros de oro con los que iluminaré el mundo entero." Siete lectores bastan, si son los que merecemos. Gracias a esos siete lectores (o setenta o siete mil), aunque cambiarán los instrumentos de escritura, aunque cambiarán ciertos modelos de lectura, aunque cambiarán ciertas técnicas editoriales, esencialmente, el acto literario no cambiará. Somos criaturas de palabra, nacemos con el don de la palabra, vivimos a través de la palabra, conocemos y damos a conocer nuestra experiencia con la pa-

labra, y sólo cuando morimos perdemos la palabra. Y dicen algunos, ni siquiera entonces: los almas que Dante encuentra en la Ultratumba siguen haciendo literatura.

Esa geografía sin fronteras que la palabra escrita crea, elige como centro el espacio de la biblioteca. Nuestro universo está definido por nuestro punto de vista: a pesar de Copérnico, seguimos imaginando que las galaxias giran en torno a esta perdida esquinita del cosmos en la que por casualidad nos encontramos. Así también nuestras bibliotecas, fortuitos centros de nuestro universo. Los siete mares y los seis continentes confluyen en los anaqueles de estos emblemáticos edificios, como también las constelaciones, los soles y las tinieblas, inmensidad que para cada lector converge en su mesa de trabajo y se resume a unas cuantas líneas del texto que está leyendo. La biblioteca universal no existe, a menos que toda biblioteca sea universal. Universal, porque hay un impulso íntimo, esencial, que nos lleva, en las sociedades del libro, a ser nómades literarios. Nuestras eternas migraciones se acompañan de lecturas; entre nuestros bártulos del exilio llevamos nuestros libros; en nuestras transumancias transportamos ganado, tiendas, semillas, armas pero también bibliotecas. Los pueblos de Mesopotamia llevaban tabletas de arcilla al sitio de sus nuevas fundaciones para transmitir la enseñanza de sus leyes y de sus ritos mágicos. Los reyes egipcios creaban bibliotecas en las ciudades más lejanas de su reino y sobre los dinteles escribían “Clínica del Alma”, según cuenta Diodoro Sículo quien vió las majestuosas ruinas varios siglos después de su abandono. En el siglo V a. C., el joven Alicibíades, visitando un lejano pueblo durante sus periplos por las colonias griegas, dio un puñetazo en la nariz a un maestro en cuya escuela no encontró ni un solo ejemplar de Homero, porque juzgó que el hombre había faltado a su deber intelectual. Cien años más tarde, Alejandro Magno, quizás para no olvidar que los vencidos también tienen voces, siempre llevaba a sus campañas un ejemplar de la *Ilíada*. En el siglo X, Abdul Kassam Ismael, Gran Visir de Persia, para sentirse por doquier en casa,



viajaba con su biblioteca de 117.000 obras cargadas a lomo de 400 camellos entrenados a marchar en orden alfabético. Desde los primeros tiempos, los exilados se consuelan con sus libros porque estos son, como quería Marguerite Yourcenar, su patria. Estos pueden ser muchos o uno solo. Próspero, en *La Tempestad*, se lleva al exilio su biblioteca mágica, que es la fuente de su poder. Nabokov emigra de su amada Rusia con el diccionario ruso en su bolsillo. En este sentido, todo libro es migratorio.

Porque toda biblioteca es un espejo de todas las bibliotecas. Quiero contarles la siguiente historia. El 25 de agosto de 1992, el ejército serbo deliberadamente bombardeó la Biblioteca Nacional de Sarajevo, destruyendo así más de un millón de libros y más de 100.000 preciosos manuscritos. Entre los pocos tesoros que pudieron ser rescatados, hubo un célebre manuscrito hebreo iluminado, conocido como la Hagada de Sarajevo, elaborado en España hacia fines del siglo XIII o principios del XIV. Este libro había sobrevivido ya no una sino varias catástrofes. La primera, fue la expulsión de los judíos de España, exactamente cinco siglos antes del bombardeo de la biblioteca de Sarajevo. Algún lector piadoso, obligado a quitar su querida España natal, se llevó consigo la Hagada, y junto a otros judíos sefardíes, se refugió en cierta ciudad del imperio otomano donde, siglos más tarde, en 1914, sería asesinado el archiduque Francisco Ferdinando. Un par de décadas después, durante la Segunda Guerra Mundial, la Hagada fue salvada nuevamente, esta vez por un bibliotecario musulmán de Sarajevo, quien la escondió para protegerla de los verdugos nazis cuya misión era quemar todo libro judío. Unos siete años después del ataque serbo a Sarajevo, en la primavera de 1999, ocurrió la siguiente historia. Entre los miles de musulmanes (o “albaneses étnicos” como eran llamados) expulsados de Kosovo por los serbos, había una mujer que llevaba consigo, por razones sentimentales, porque había pertenecido a su padre, un pedazo de papel en caracteres hebreos, lengua que ella no sabía leer. Arreada con sus compatriotas del otro lado de la frontera de Ma-

cedonia, la mujer decidió mostrar el papel a miembros de la comunidad judía del pueblo donde habían acampado. Fue un momento mágico. El papel resultó ser un documento otorgado por el gobierno de Israel al bibliotecario que había salvado no solamente la Hagada de Sarajevo sino que también había dado refugio en su casa a judíos yugoslavos durante las atrocidades nazis. La hija del hombre que había sido un héroe durante la Segunda Guerra Mundial, era ahora la víctima de un nuevo acto de barbarie. Cuando se conoció su identidad, fue rescatada del campo de refugiados y transportada con su familia a Israel, donde fue recibida por un hombre que la abrazó con lágrimas en los ojos. Era el hijo, ya adulto, de una de los judíos cuya vida el bibliotecario musulmán había salvado. “Mi padre hizo lo que hizo de todo corazón, no para recibir algo a cambio,” dijo la mujer. “Ahora, cincuenta años después, de alguna manera ese algo nos es devuelto. Es como un círculo.” Es a ese círculo que pertenecemos, desde siempre y para siempre, libros y lectores.

Durante largos siglos, la costumbre de crear bibliotecas se concentró en el Cercano Oriente y en los países del Mediterráneo. En el Imperio Romano, la biblioteca de la Villa de los Papiros de Pompeya, objeto de una magnífica exposición reciente en la Casa del Lector, fue contemporánea de la colección de escritos reunida por la comunidad Qumran en la Palestina antigua, y Filodemo, primer lector de la biblioteca pompeyana, nació en Gadara en Jordania, a poca distancia de donde se encontraron los manuscritos del Mar Muerto. La biblioteca más antigua del mundo judío, o el primer conjunto de volúmenes al que podemos dar el nombre de biblioteca, es mencionada en el segundo Libro de Macabeos, donde se habla de un “tesoro” de libros establecido por Nehemías, que contenía libros sobre los monarcas y profetas, los salmos de David y diversas cartas atribuidas a los reyes de Israel.

En el mundo islámico, la idea de biblioteca nace con el Corán. Antes de la revelación hecha a Mahoma, la exquisita poesía amorosa y los textos filosóficos de los árabes, las crónicas históricas y los cuentos populares, no fueron recogidos ni archivados salvo en la memoria de los recitadores. La tradición dice que el califa Muavia, gobernador de Siria en el siglo séptimo, fue quien primero fundó un centro de estudios, y por ende una biblioteca, llenándola de libros que ordenó traducir del griego. Las grandes bibliotecas de Bagdad, Cairo y después Córdoba, fueron las herederas de la legendaria biblioteca del califa Muavia.

Una tal ambición bibliófila hace que toda biblioteca tenga algo de enciclopedia, y que comparta con éstas una antigua paradoja: mientras más sabemos menos podemos saber. A través de los milenios, hemos acumulado conocimientos a un ritmo espeluznante. Mientras que en el siglo I, Plinio el Viejo se jactaba de poder redactar una *Historia Natural* con todo lo conocido hasta entonces, a partir del Siglo de las Luces la empresa ya no estaba al alcance de una sola persona, y si bien Diderot concibió el proyecto de una enciclopedia total, requirió para llevarla a cabo la contribución de docenas de amigos y expertos, y la asistencia de innumerables bibliotecas. Desde el siglo XV en adelante, no existió nadie quien osase afirmar, como Pico de la Mirándola, que lo sabía todo.

Entonces ¿son nuestras bibliotecas un remedio para nuestra limitada inteligencia? A medida que los libros van acumulándose sobre los casi infinitos anaqueles de la biblioteca universal, material y virtual ¿logramos realmente ser dueños de ese saber que, como el caldo encantado en el caldero del aprendiz del mago, aumenta de manera monstruosa sin que nada pueda detenerlo?

Mi generación fue quizás la última que se crió entre bibliotecas y enciclopedias. Las primeras existían, modestas, en las escuelas, o a veces en casa, y aún si uno no entraba en ellas por temor o por desinterés, sabía que allí estaban, símbolo de un poder que, al contrario del poder político o económico, parecía que podía ser nuestro. Las segundas, que para nosotros tenían algo de bibliotecas microcósmicas, eran ofrecidas por vendedores ambulantes o libreros empedernidos. Mi generación se inició al mundo de los conocimientos compartidos, primero con *El Tesoro de la Juventud*, con sus cubiertas sedosas y azules, donde leí por primera vez, en versiones resumidas, las aventuras de Don Quijote y de Ulises, y luego con la casi infinita *Espasa Calpe* que tronaba en el último anaquel de la biblioteca de mi padre, en cuyos escalofriantes artículos sobre órganos sexuales y enfermedades venéreas obtuve mi primera educación sexual. Consultábamos la enciclopedia para obtener un dato preciso para escribir nuestros deberes, pero nos demorábamos en los artículos precedentes y posteriores, pasando con voluptuosa curiosidad de las medidas cretas de los Alpes a las campañas de Aníbal y a las aventuras de los heroicos bandoleros de Albania y de Asturias. Las miles de páginas por descubrir nos fascinaban. Cuando vuelvo a ver los severos tomos en la estantería de una biblioteca, siento la nostalgia y el consuelo de alguien que reconoce en tierra extranjera un paisaje de la infancia.

Pero la nostalgia es una peligrosa seductora: tiende a hacernos creer que en el pasado hubo un jardín milagroso que no hubiéramos debido perder. El hecho de que tal jardín no existió jamás no nos convence, por que creemos recordar que allí fuimos felices, y que pasábamos tardes tranquilas rodeados de cientos de volúmenes generosos. Lo cierto es que en muy pocos casos fue así. Mis compañeros preferían pasar esas tardes jugando al fútbol, y yo mismo no frecuentaba a menudo las bibliotecas por que prefería leer a solas, en la intimidad de mi cuarto. Sin embargo, todos sabíamos que la biblioteca estaba a nuestra disposición, que existía, y el sólo hecho de sa-

berlo creaba la ilusión de que allí, al alcance de la mano y en orden alfabético, yacía todo lo que uno quisiera y pudiera preguntar, sin por lo tanto llegar a saber todo.

Los que aún frecuentamos los libros impresos --y somos muchos-- sabemos que recorrer un tomo cualquiera, perdernos en los anaqueles y detenernos donde sea, no es igual a teclear una pregunta y recibir la respuesta inmediata. La biblioteca virtual es sin duda más veloz, más al día, más confiable (un intrépido explorador de la Red afirmó que la Wikipedia contiene diez veces menos errores que la venerada *Britannica*.) Sin embargo, sabemos que hay en la lectura demorada, en la curiosidad sin prisa, en la visión material de las riquezas que la vasta biblioteca de papel y tinta aún promete, algo que no puede reemplazarse con mera eficiencia electrónica.

Estas claves sugieren que una biblioteca --virtual o de papel y tinta-- no es la simple acumulación de libros, fueran cuales fuesen, como quisieron los reyes de Alejandría. Toda biblioteca es emblema de la sociedad que la construye, y de los juicios y prejuicios de esa sociedad, de sus códigos culturales y de sus ambiciones intelectuales. Al mismo tiempo que una biblioteca demuestra los límites y condiciones de la cultura de sus lectores, una biblioteca ofrece también posibilidades para enmendar, extender y enriquecer esas mismos límites y condiciones.

Quizás la biblioteca no deba definirse como el lugar de todos nuestros conocimientos. Quizás la biblioteca de hoy en día simbolice la nostalgia de cuando éramos conscientes de no poder saber todo, y la promesa de que, en el futuro, sabremos un poco más.